

SAMUEL GILI GAYA

Una cuartilla sobre Américo Castro



Madrid - Palma de Mallorca

MCMLXV

UNIVERSITAT DE LLEIDA
Biblioteca



1600209487

De «PAPELES DE SON ARMADANS», n.º CX. Mayo de 1965.

*Tirada aparte de cincuenta
ejemplares numerados.*

Ej. n.º 42

OP-071

1600209487

Cuando en 1914 ganó don Américo su cátedra en la Universidad de Madrid, era yo un muchacho estudioso y tímido del cuarto año de Letras. Mi promoción, poco numerosa como todas las de entonces, estrenó al nuevo catedrático que había llegado de Alemania con su sombrero negro de alas anchas y una gran cartera, negra también, repleta de papeles y libros. No era costumbre en aquellos comienzos del siglo que los profesores desplegasen sobre la mesa el aparato de notas con que habían preparado su clase, ni menos que aquellas notas pasasen a manos de los discípulos que se mostraban deseosos de ampliar tales o cuales puntos para investigarlos por nuestra cuenta. Así descubrí mi mediterráneo de que el saber debía elaborárselo uno mismo, y que los buenos maestros eran los guías del impulso propio. Aunque parezca ingenuo, será necesario decir que mi posición de entonces refleja bastante bien el tono medio de los estudiantes universitarios de aquellas fechas, más habituados a repetir que a pensar. Después las cosas cambiaron, y don Américo contribuyó en buena medida a que el cambio se fuese afirmando paso a paso. No sé si peco de optimista al creer que, por lo menos, la sensibilidad escolar de ahora se ha vuelto más desconfiada, y descubre pronto el truco de los profesores que ocultan sus medios de información.

Al salir de la Universidad continuó mi relación con el maestro: él me abrió las puertas del Centro de Estudios Históricos y del Instituto-Escuela, y a su lado comencé a redactar mis colaboraciones en las revistas

1970-14160

0164-91860

de la Junta para Ampliación de Estudios y en la colección de Clásicos Castellanos. Recuerdo con gratitud cordial las rabieta que sentía cuando me obligaba a rehacer mis cuartillas inexpertas, porque así aprendí a trabajar con sentido de la responsabilidad. Algunos huían dolidos y temerosos de su crítica exigente. Pero los más sabíamos cuán generosa amistad dictaba aquellas acritudes aparentes. Me jacto, pues, de haber sido el primero —en orden cronológico se entiende— de sus alumnos universitarios, y de seguir siendo uno de los primeros en mi afecto agradecido.

SAMUEL GILI GAYA



